

El Poder de la Luna

María Camila Vargas Arévalo

Me alegra ver que el cielo se tiña de naranja y el sol vaya ocultando su rostro lentamente entre las montañas, porque sé que otra vez la volveré a ver. Ansío que esta noche se muestre elegante e imponente entre sus hijas titilantes y que estas salpiquen el cielo profundamente negro, melancólico y pacífico, para acompañar a su madre.

Me resulta inevitable levantar la mirada y buscarla entre la brumosa niebla que tapa la punta de las colinas rugosas. Noto que un grupo de nubes le abren paso a la reina de la oscuridad. La luna aparece tan brillante y orgullosa que tiñe un suave contorno blanco y su figura se refleja en mis pupilas. Sus manchas grisáceas contienen toda mi atención y mis ojos dejan de parpadear para contener su belleza en mi memoria.

Me provoca suspiros profundos y tranquilizantes. Quisiera reposar mi cuerpo en su tierra firme y admirar, desde la lejanía y la soledad, la burbuja vertiginosa en la que vivo. Ese cuerpo celeste produce que mi corazón aumente su ritmo, los músculos de mi rostro se estiren y los dientes le sonrían. Ese el poder que tiene la luna sobre mí. Acaba con las cargas del día que oprimen mis hombros y eleva mi espíritu a la lejanía de lo desconocido. Me recuerda lo pequeña que soy.

